

FB
013.8
363p



Perfil

Evocativo

de

Dn. Carlos Medinaceli

1898 - 1949

00620

REPUBLICA DE BOLIVIA
MINISTERIO DE CULTURA Y DE LOS BARRIOS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz -- Bolivia

FB
013.8
F 363 p.



Perfil

Evocativo

de

Dn. Carlos Medinaceli

1898 - 1949



Universidad Mayor y Autónoma "Tomás Frías"
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CASA 54
POTOSÍ BOLIVIA
CANJE

Conferencia dictada por el Sr. Luis Alfonso Fernández, en oportunidad del XX Aniversario de la fundación del colegio "CARLOS MEDINACELI".

Paraninfo de la Universidad Autónoma
"Tomás Frías"

Potosí, 3 de abril de 1979

PRESENTACION

En la conmemoración del XX Aniversario de fundación de nuestro colegio, qe orgullosamente lleva el nombre de Don Carlos Medinaceli, no podíamos dejar de relievar la personalidad de este gran escritor, crítico literario y hombre público que dió renombre y prestigio a las letras bolivianas.

La Dirección del establecimiento , propició esta conferencia con el ánimo de que la misma cumpla el objetivo señalado y más que todo sirva de nexo, de unión y de conocimiento de nuestro alumnado, nuestros profesores hacia la personalidad de Don Carlos Medinaceli.

Este objetivo, empero no habría podido ser cumplido, a no ser por la cooperación de Don Luis Alfonso Fernandez , quién por su carácter altamente estudioso, su profunda versación sobre el tema y su manifiesta predisposición de servicio, en todo lo que significa cultura en nuestro ambiente citadino y nacional, nos brinde esta conferencia, q' compromete el sincero reconocimiento de la Dirección, Cuerpo docente y alumnado de este plantel educacional.

Prof. Luis Ramirez L.
DIRECTOR

PERFIL
EVOCATIVO
DE DON
CARLOS MEDINACELI

Respondo con agrado a la amable invitación que me formuló el señor Director del Colegio "Carlos Medinaceli", para hacer uso de la palabra en esta prestigiosa tribuna, contribuyendo al desarrollo del Programa diagramado por profesores y alumnos, para celebrar el vigésimo aniversario de la fundación de este plantel educacional, que lleva en el corazón de su estandarte, el nombre de uno de los más grandes escritores de Bolivia. Mi Intensión cifra su empeño en diseñar, panorámicamente, la actitud del hombre consagrado, frente al estrecho paisaje intelectual de nuestro me -

dio. Reconociendo el mérito de su labor, subrayo su importancia, colaborando austeramente a reivindicar su trabajo ante los fantasmas jubilados de la mediocridad.

El célebre escritor boliviano nació en Sucre, el 30 de Enero de 1898. Es decir, en la hora precisa cuando "la molición del Sur, era vapuleada por la dinámica del Norte". Fueron sus padres doña Carmen Quintana, dama chuquisaqueña y don Francisco Medinaceli, aguerrida expresión del espíritu chicheño. Luego de iniciar su educación básica bajo el influjo tradicional de los bachilleres del "Colegio Azul", y el gorgoteo tonificante del "agua del Inisterio", arribó a la gélida geografía del Potosí acongojado, para continuar su preparación junto a los muros, aún más fríos, del Colegio Nacional de Pichincha. Corría el año 1.916.

- Las simpatías gregarias hicieron que, junto a otros adolescentes confirmados por las cintas de Verlaine, Baudelaire y del centroamericano Rubén Darío, fundara la revista "Gesta Bárbara" en 1.918, contando con el ímpetu desprejuiciado de Armando Alba, Gamaniel Churata, que en esa época utilizaba el pseudónimo de Juan Cajal, de Alberto Saavedra Nogales, José Enrique Viaña, Armando Palmero, Valentín Meriles, doña María Gutiérrez de Medinaceli, Wálter Dalence y Daniel Zambrana Romero. En esa forma un apretado núcleo de jóvenes iconoclastas comovieron, con prestancia, el clima conservador de la ciudad que aún estaba entregada a la siesta, luego de la aparente bonanza de la época colonial.

Cumpliendo los reglamentos de la hora, ingresó a la Facultad de Derecho para alcanzar el título profesional de abogado. "Fatalmente

abogado, terriblemente abogado", conforme don Carlos expresaría años después. Su profunda autonomía espiritual, contraria a la rigidez de ciertos métodos, y adversaria de la calcomanía conceptual, le indispuso con el ambiente acartonado de los claustros universitarios de esa época, autorizándole a ejercitar una especie de fuga acéptica, y el estudiante desengañado se convirtió en un irremediable empleado público, vendiendo su esfuerzo a la Prefectura de Potosí, pese a su santo temor al articulado de los Códigos de tan manoseada materia nacional.

Bajo la coyunda del Partido Liberal y la democracia fiscal, don Carlos Medinaceli atinó a cantar, con estro reluciente, al amor juvenil que encendía sus ojos claros, y mientras registraba peticiones mineras, elaboraba sonetos y madrigales, que los Prefectos de

turno no entendían. Las oficinas de la antigua Plaza del Regocijo fueron transformadas en el "monte Parnaso", oficiando de sacerdotes de la belleza, don Carlos Medinaceli, don Armando Alba y don Walter Dalence Morales.

Ese círculo rutinario de la calcinante misión curialesca espantó a los inquietos escritores, y cada uno de ellos eligió otro sendero. Medinaceli ingresó en el docentado, como Profesor (con mayúscula) de Literatura y Filosofía del Liceo "Sucre" de señoritas, fundado y dirigido por doña María G. de Medinaceli, pariente del ponderado intelectual, y compañera en los afanes de la Generación de 1918.

La enseñanza absorbió la mayor parte de su tiempo, pues fue Maestro en Potosí, Tarija, Sucre y La Paz, y en alguna hora burlona de su itinerario de nobleza, se resignó a ser elegido Senador por Potosí.

Que podía hacer en el Parlamento un ciudadano de la calidad del magnífico escritor? Incorporarse al coro de los alucinados, o en cambio, protegerse de la endemia oratoria tras una estridente carcajada? Creo que el autor del "Huayralevismo" optó por esta última instancia.



MEDINACELI Y EL AMBIENTE POTOSINO

La ilustre Villa Imperial, depauperada por Carlos V y sus vástagos reales, había sufrido en el transcurso de su martirio, transformaciones sorprendentes en la ondulación dialéctica de su conformación social, pues el aventurero de ayer se erigió en patrón de vidas y haciendas, y el abandono de la víspera, llevaba en sus bridas el título de Conde o de Marqués. En el arranque de este siglo, que fenecce, el tablero era la repetición de la contienda entre las fichas blancas y las negras.

Las familias establecidas en el collado andino, distribuían sus horas entre el incienso de los confesionarios, y los paseos reglamentados en la amputada Plaza de Armas. Las señoras lloraban con "El Mártir del Gólgota" de

Escrích, o suspiraban con las "Rimas" de Becquer. Los "jóvenes decentes" y los "caballeros" disfrutaban de la luna de miel, diseñada por los liberales, pero se espantaban ante el nombre, muy poco conocido en esa época, de don Carlos Marx. Era una sociedad de purgatorio, lejana del cielo y del infierno.

La Cultura, en las faldas del Cerro, estaba circunscrita a los enunciados de los heraldos de la prensa subvencionada o, a las predicaciones de los Ministros de la Corte de Justicia. Naturalmente, que los califas políticos se consideraban el centro de atracción de las actividades de la Villa desdeñada, al extremo de sentirse novios en toda boda y muertos en todo entierro, al decir de don Osvaldo Molina. Pese a todo, la jerarquía espiritual de Medinaceli logró eludir el mal gusto del mundo circundante, oponiendo a esa especie de vul-

gar maquillaje cultural, la verdad insoslayable de una robusta y profunda inteligencia.

Hijo de un hogar honorable, padecía la angustia sempiterna del escritor boliviano: no tenía dinero, y como en nuestro país primero el hombre debe ser heredero o adulón, para después aspirar al privilegio de publicar un libro, el crítico y sociólogo de los Chichas refugió su propósito en las páginas de los periódicos locales, corriendo el claro riesgo de ser torpemente descuartizado por los alarifes del intelecto cantonal. Para enseñar tuvo que recibir ofensas, y en vez de gratitud, conoció la calumnia o el disparate pendenciero.

Guardián de la belleza y aguerrido-combatiente, empleó la ironía para perforar la engominada y vacua sensiblería del campanario, demostrando, sin querer, que bajo el aletazo de muchas sonrisas se esconden las penas del

alma. El periodismo para el extraordinario pensador, resultó una trinchera de papel, paralizándolo el embate de aquellos que procuraban detentar la "inteligencia titulada". Eran tan enormes los alardes de sus adversarios q, en este instante, nadie sabe quienes eran. En cambio, don Carlos Medinaceli dialoga, con autoridad, con los umbrales de la inmortalidad, aconsejando manejar las columnas de la prensa como vehículo de alta cultura.

A los veinte años de edad, decla: "El ambiente influye sobre el hombre; pero el hombre, a su vez, modifica los ambientes en el sentido de sus necesidades, de su dinámica y de sus ideales. El deber de la juventud es la borar porque Bolivia despierte a la vida de la cultura".

Esta enseñanza del Maestro, zha sido aqui-latada por las juventudes de los últimos cua-

renta niños? Desconocido el versículo citado, seguimos despreciando el "cofre de la abuela," para observar con honda preocupación, que las nuevas generaciones, pese a la advertencia, se agitan ingenuamente ante el ritmo descoyuntado de músicas extrañas, orladas por letras q' se cantan en inglés o en esperanto, ejecutando contorsiones que relajan la dignidad de nuestra raza, pues quienes quiebran su anatomía desconocen el idioma de esas canciones foráneas, rechazando en los hechos, la auténtica expresividad de la tierra que nos dio su ser. En este fenómeno de superposición cultural, estamos hipotecando la gracia y la sal de nuestros paisajes, que en el fondo del drama nacional, es componente intransferible de nuestras alegrías y también de nuestro llanto.

Ante el disimulado rechazo del ambiente ,

por el temor que generaba el pensamiento del ilustre intelectual, Este se replegó a hilar sus sueños en algún oscuro rincón de su nostalgia, recurriendo a la lectura y al abandono, como incierto consuelo a la enorme tristeza de ser inteligente. Nadie comprendió su pena, pero todos tildaron su callada huida del tinglado de la farsa fiscal, sin entender que Medinaceli no desertaba, subrayando sí el desprecio que le merecía el convencionalismo ciego de una sociedad pacata y envanecida.

Para ilustrar este choque entre la fincapacidad del poeta y el aire mercader de nuestro ambiente, mencionemos que ante la sorpresa de los gendarmes literarios del medio, Medinaceli surgió como neto vencedor de los Juegos Florales de esa época, con el poema "Las Voces de la Noche". De inmediato se movilizó la caterba de juglares, y uno de ellos dispa-

ró su flecha, bajo el pseudónimo de Gonzalo Gonzales de la Gonzalera, exclamando que la noche no tiene voces, que era una manera de sostener que las sombras son mudas. Desde la atalaya de esa juventud creyente, surgió la respuesta, en la palabra de don Alberto Saavedra Nogales, dictando cátedra sobre la belleza, y exponiendo que la noche siempre ha poseído el milagro de conversar con los espíritus selectos, puesto que no es silencio el murmullo del viento, o la letanía de la lluvia en los cristales de un pétalo.

Aquí, se mide la dimensión del embate entre dos generaciones. La una, disponiendo versos para los almanaques o los Programas de Fiestas Patrias, con todos los atroces ripios que les ofrece Valbuena, y la otra penetrando en los misterios del paisaje, y en ese lenguaje que no se aprende en las universidades.

No es necesario manejar vidrios de aumento y menos investigar en la memoria de los elefantes, para descubrir que el buen escritor ha sido siempre objeto de un aparente respeto, que esconde en su meollo un desprecio calculado de parte de corchetes o de rúbulas con chequera. Hombres como Medinaceli tentan y tienen la contradictoria misión de no congeniar con las formas livianas de la existencia de las ciudades contritas. Por eso, los moradores de los barrios residenciales al manejar, secretamente, el temor que les despierta el hombre de pensamiento, apelan al halago y a la invitación fortuita para reconciliarse con su carnet social, haciendo del escritor un añadido eventual al moblaje de casa rica, y las autoridades públicas completan la manobra utilizando esos nombres significativos, en cada aniversario departamental. El comer -

ciente, por ejemplo, vive incrementando sus arcas. El poeta o el novelista son artículos de exportación en cada cumpleaños de la Patria.

ENUMERACION DE SU DOLOR

El vigor intelectual del autor de la "Chas kañawi" se vió retenido por un medio que no alcanzaba a la estatura de sus intenciones, creando por su propia naturaleza, una esfera de humo que elaboró la soledad. Aislado e incomprendido, prefirió esa especie de confinamiento físico, antes que la movilización de sus energías en un coro, donde las voces alti sonantes disputaban con los resposos de los palafraneros. Y, ese fué su aparente pecado, puesto que la mayoría atrevida, pero hueca

nunca le perdonó el mérito de ser de los mejores.

Pretendiendo quebrar los meridianos de ese clima artificial y jactancioso, Medinaceli erigió su propio mundo, empleando en el afán, los materiales que no circulaban en la esfera prosaica. Lector impenitente, crítico zahorí, y perfecto conocedor del marco circundante, e levó los muros de su íntima morada sin contabilizar la subversión de las arañas, en las ondulaciones de lo que él llamó una "República de chacota".

La sensibilidad de esta excepcional figura que nunca salió de los límites de nuestro territorio, le autorizó a descubrir los acordes del silencio. Y en esa madeja de notas mudas, identificó dramáticamente, los postulados del rencor gratuito, de la sobreestimación de los gendarmes culturales y la vanidad de los esta

fetas del infierno.

Originario de un Continente espiritual, lejano a la sociedad de mineros chicos y de revendedores registrados, resultó bloqueado por la adiposidad mental de los comparsas en boga, debiendo padecer las amarguras del "cerco de penumbras". Y, hubieron zafios que se burlaron de esa tortura de hombre civilizado, pero sin cuenta bancaria. ¿Que podía hacer esa figura casi exótica, en la calesita de los estibadores de títulos y grados? ¿Cómo encontrar un retazo de cielo, sobre el tumbado de notables oficialmente reconocidos? Alma de niño y pensamiento universal, buscó en la vieja soledad, el repliegue de su verbo, pero fue el libro el confidente de su grandeza.

Estudioso, culto y sin aristas, comenzó a manejar su vida como la paloma intrépida que juega con los perdigones, y si hubo tragedia

en su paso por el escenario, ella emergió de su acrisolada honradez y de su bondad innegable. Sitiado por el dolor, jamás aprendió a'gdiar, y este enaltecido escritor que siempre perdonó, no conoció la absolución de los pequeños, ni en la hora de su muerte.

Algo que engrandeció su amargura fué el dolor de la "patria chica". Por eso dijo, refiriéndose a "Nuestros Viejos Ilustres", el 10 de Noviembre de 1929, y señalando al Linares, Frías, Omiste, y Campos: "Hombres justos, almas austeras, brazos firmes, esos son nuestros viejos queridos. Somos descendientes de éstos, tenemos que ser como ellos.- No somos hijos de un cualquiera. No somos un pueblo mostrenco, tenemos el orgullo de nuestra estirpe. El alma de nuestros antepasados se nos aparece en sueños .Nos señala el camino del provenir".

Ahí queda el testimonio del potosinismo del centinela de nuestra esencia.

Después de burilar los claroscuros de la pena compartida dirá, previo análisis de nuestro frustrado itinerario de esperanza: "Por eso, cuando definitivamente empobrecidos, tengamos que vender nuestra casa a cualquier mercaderante judío de esos, lo hemos de dar todo por la nada, todo: que se lo lleven todo, menos el escudo donde están grabados los cuarteles de nuestra nobleza".

En la tensa agenda de Carlos Medinaceli, destella nítido el orgullo de la tierra ancestral. "En estas ásperas breñas y retorcidas callejas se forjó la Patria. De aquí salió la sangre y el oro para edificar rancho aparte en el Continente. Por nosotros, el Rey de las Españas, cambió un día las cucharillas de cobre que usaba, por cucharillas de filigrana de plata".

Gracias don Carlos por las lecciones que nos legó. Superando las argucias suburbanas que nos distraen, procuraremos levantar bandera para espantar a hipócritas, usureros y falsificadores.



MEDALLONES DE SU OBRA LITERARIA

Familiarizados con la obra del esteta ausente, detengámonos modestamente a seguir los rasgos de su obra, dejando establecida la diferencia que aún perdura, entre el españolismo de Gabriel René Moreno y el llamado nativismo de don Carlos Medinaceli.

En el instante inicial de su incorporación a la agreste carrera de las letras, el intelectual -así no le agrade el adjetivo-, no pu

do salvarse de la tentación del verso, y en e se campo fue laureado más de una vez. Luego siguió escribiendo poesías, hasta exteriorizar posteriormente sus condiciones de crítico neto, y poseedor de un vasto conocimiento de la literatura universal.

Así, en el caso boliviano, en su artículo "La creación de la Nacionalidad", sostiene en gesto de pronóstico: "El alma territorial y el genio telúrico son desde los más ignotos milenios de la tierra y la nacionalidad indígena y propia, indios. De ahí, la redención del indio no significa sólo la rendición de Bolivia, sino su única posibilidad de prosperidad real y efectiva para su verdadera grandeza futura".

Como polemista, Medinaceli exhibe los atributos de un pragmático defensor de la verdad. En "La Inactualidad de Alcides Arque-

das", al refutar conceptos del señor Pablo Guillén, el mismo que sostenía "La obra de Arguedas es original", don Carlos opinaba que la supuesta originalidad emergía de Macías Pí cabeza, latigueando de esta manera: "Dónde se ha ido la originalidad de Arguedas señor Guillén?. Hay que estudiar, hay que pensar, hay que documentarse, antes de afirmar cualquier cosa a tontas y a locas. Para no caer en lo que el mismo Arguedas ha zaherido: el snobismo intelectual en Bolivia".

Veremos después cómo el señor Guillén fue la figura "original" de otro episodio, cobrando con aspereza la revancha que no pudo definir en la polémica pública.

Para el severo autor de "La Educación del Gusto Estético", el escritor tenía una imagen amarga en los avatares de su propia existencia. Lesionado por una realidad zaguana ex-

clamaba: "Cabe envidiar el destino del hombre que viene a este mundo con la maldición del pensamiento y la manía de manifestarlo por el torturante arte de la palabra, de la inania verba. Su camino nunca es de flores. Si algunas florecen en su sendero, no son nunca para él, cuando ellas llegan, entonces aparece la familia, el terruño, la Patria, el mundo, que las recogen para ofrendarlas a los ídolos del foro, a los ídolos de la tribu, con él quedan las espinas".

Para no insistir sobre la materia acudo a la libertad de sugerir la lectura de algunos de los trabajos de ponderable trascendencia de este distinguido Maestro. Señalemos, por ejemplo, "La Novela en América", "El Cuento en Bolivia", "Valores de las letras de Cochabamba", "Algunos Valores de la Intelectualidad Sucrense", "La Literatura Potosina de Hoy y la Tradición Colonial".

La obra más conocida de este fecundo creador, es la novela "La Chaskañawi", radiografía de la Provincia que sostiene su estructura entre dos acuarelas vigorosas: "Tarde de sol, paz de aldea", puerta de ingreso en la página inicial y "Maleable Arcilla en manos del destino", como broche de cierre en la última plana del epílogo. En el medio, la visión juvenil de la geografía social de un mundo pequeño, puesto que esta novela, según afirmación de don Gamaniel Churata, "fué escrita toda ella cuando no había llegado a los veintidos años. Probablemente en su madurez la sometió a cribas frecuentes, pero quienes conocieron el original primigenio, pueden observar que la obra en su totalidad y en su gracia y vigor fué obra de adolescente". La arquitectura esencial de este trabajo supera, sin ambages, todo lo que se escribió en ese

campo en nuestro país, resaltando con nitidez el manejo musical de un idioma, que siendo castellano, toma las características propias del suelo americano. Trama compleja, pero admirablemente equilibrada. Claudina, como prototipo de la mujer forjada por los secretos de la tierra, y Julia en el troquel clásico de la señorita elemental y enervada por el remolino del tiempo racionado. Adolfo, es la personificación del jovencito arrepentido, y luego cautivo de los mandatos de la gleba. Como telón de fondo, la algaraza política de los pueblos exiliados, y el carnaval, válvula de escape de las pasiones retenidas.

San Javier de Chirca, es el retrato más fiel de los poblados del Sur boliviano. En cambio, la Chakañawi -ojos de estrella-, es la feliz realización de la mujer en el territorio secreto de las ilusiones de un poeta

que empleó la novela, para testimoniar su ansiedad, glorificando carne y tierra.

Sin la misión del crítico, y eludiendo compromisos de ribetes académicos deseo, en esta grata oportunidad, señalar en cauce informativo, que la obra de don Carlos Medinaceli ha sido publicada, antes y después de su partida, con los siguientes títulos: "Estudios Críticos", 1938; "La Educación del Gusto Estético", 1942; "La Chaskañawi", 1948; "Páginas de Vida", 1955; "Adela", 1955; "Diálogos. Cuentos de mi Paisaje", 1963; "Antología. Medinaceli Escoje", 1967; "Apuntes Sobre el Arte de la Biografía", 1968; "El Huayralevismo", 1972; "La Inactualidad de Alcides Arguedas", 1972; "La Reivindicación de la Cultura Americana", 1975. Siete libros del eminente autor aún que dan inéditos.

TRIBUTO Y COMPROMISO

Este espíritu ejemplar desafió las fronteras del disparate reglamentado. Escudó su ímpetu en las esquinas de la soledad, haciendo de la bohemia un reducto protector de su alma, remisa al elogio y alejada de la vanidad. Su existencia estuvo acompañada del gesto bondadoso y mitigada por el sutil flechazo de una irónica respuesta a la epilepsia coral de los miopes ricachones de flamante actualidad.

Prematuramente fatigado, y preocupado aún por el destino de nuestro pueblo, se despidió de la vida el 12 de Mayo de 1949. El escritor valiente ante las trampas de la socarronería, nació y murió entre dos llamadas Guerras Civiles, la de 1898 y la de 1949. Ambas tuvieron y aún tienen, enorme peso en la verdadera conformación de la nacionalidad.

El más honesto de nuestros pensadores, este que hizo de su presencia un evangelio, recibió en los ardenes de la muerte, la ofensa reiterada de sus 'ombras chinescas de la política criolla. Así, cuando el pujante escritor Gustavo Adolfo Navarro (Tristan Marof), dijo a don Mamerto Urriolagoitia, prioste suplente de Bolivia: -Carlos Medinaceli ha muerto, el ensimismado gobernante, de las corbatas en la cintura, exclamó tajante y discolo: -A mi que me importa.

Y, aquel eventual comentarista de la obra arguediana, que fuera vapuleado por Carlos Medinaceli en sus notas publicadas en "La Razon" de La Paz, en Junio de 1946, y en esa hora ascendido a Presidente de la Cámara de Diputados, llamado don Pablo Guillen, negó su autorización para que los restos del cantor de Cotagaita fueran velados en el Palacio Le-

gislativo, como ex-Senador por el Departamento de Potosí.

Más vale que el honor de Bolivia se salvó, al borde del precipicio, por la noble actitud del alcalde paceño. Dejemos que un viejo amigo y compañero de Medinaceli, el antiguo Juan Cajal del instante auroral relate su impresión: "Para dar sepultura a los despojos del gran escritor, las autoridades del panteón tu vieron una pequeña duda: ¿Se debería sepultar a este Carlos Medinaceli entre los notables?. El problema se solucionó franciscanamente, pues no se le brindó un nicho entre "los notables", ¿Y quién más notable que él en Bolivia?".

Así padeció, que es un modo de vivir, el esclarecido analista de nuestras tribulaciones, y así se marchó don Carlos Medinaceli Quintana, expresión viril del pensamiento po-

tosino y retoño robusto de la hidalguía minera. A este signo edificante del coraje sin transacciones le fué negado casi todo en la vida, pero la muerte le otorgó el privilegio de seguir palpitando sobre los sudarios percudidos de sus celosos detractores y, si bien "no se le brindaron los honores que él merecía" , acordemos ahora, entre ustedes y nosotros el iniciar las gestiones para rescatar los despojos del magnífico interprete, y traerlos a Potosí para que descansen junto al Cerro hechizado y en el centro de los afectos de quienes venerando su memoria, agradecemos su trabajo imperecedero.

El hombre no puede elegir el lugar de su nacimiento, y muchas veces el sitio de su agonía, pero sí está autorizado a señalar una parcela para vivir .Don Carlos nació en Sucre, y murió en La Paz pero vivió intensamente en

Potosí, la tierra ancestral de sus mayores y el motivo fundamental de su formación intelectual. Debe retornar a este pedestal andino para proseguir el diálogo, desde la tumba, con el estaño rebelde y con el humilde orgullo de sus propios hermanos.



*" El deber de la juventud
es laborar, porque Bolivia
despierte a la vida de la
Cultura...."*



Carlos Medusachi



**PUBLICACIONES DE LA DIVISI3N
DE EXTENSI3N UNIVERSITARIA**